

ESTUDIO CRITICO SOBRE EL LIBRO
«Las Voces de la Patria»
DE LEONARDO ARIZAGA VEGA(*)

Filoteo Samaniego Salazar

AUSPICIADO POR LA
ASOCIACION DE DIPOMATICOS ECUATORIANOS
EN SERVICIO PASIVO

ACTO DE PRESENTACION
EN LOS SALONES DEL MINISTERIO DE
RELACIONES EXTERIORES:
26 de octubre de 1989

Intervinieron:

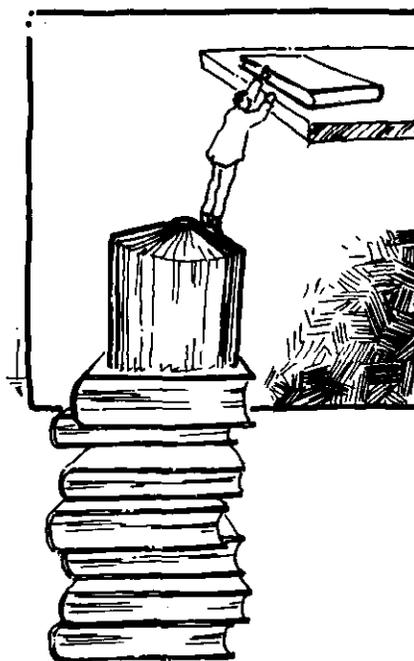
1. *Embajador Mario Alemán Salvador,
Secretario General del Ministerio de
Relaciones Exteriores.*
2. *Embajador Filoteo Samaniego Salazar,
Director General de Soberanía Marítima y Aérea*
3. *El Autor*

(*) Discurso pronunciado en los Salones del Ministerio de Relaciones Exteriores el miércoles 18 de octubre de 1989.

Leonardo acaba de terminar una larga Carrera que ha ocupado su vida desde 1947, y que le ha llevado a países y continentes, a dignidades y trabajos diversos, siempre al servicio del Ecuador, hasta cuando, como ahora, se ha encontrado consigo mismo y se ha preguntado sobre su pasado y su presente.

Parece que dicho encuentro le ha hecho caer en cuenta de que había que dejar un testimonio de su larga experiencia para que no sean los recuerdos tan sólo tema de memoria, sino parte de algo más, tal vez punto de partida de una nueva etapa, seguramente la más grata por ser recapitulación, reflexión más profunda, culminación de caminos, meta de propósitos y objetivos. Leonardo ya, con ello, puede estar satisfecho pero, infatigable y seguro de sí mismo, ha querido ir mas allá y permitir a los otros que participen en su personal aventura.

"Las Voces de la Patria" se llaman estos testimonios, contenidos en más de 200 páginas de buen pensamiento y de buena prosa. Se trataba de dejar impresas sus reflexiones sobre los aspectos que le parecieron dignos de constar en ensayos, en estudios serios y bien documentados. Lo que escribe, al respecto, nuestro colega y amigo, son apreciaciones justas, ponderadas, sin emplear esas fórmulas laudatorias excesivas que pretenden convencer a los auditorios con lugares comunes y expresiones rimbombantes sobre el país y sus valores. Cita a un autor alemán quien dice que, "en la conciencia de la opinión pública alemana, Latinoamérica sigue representando un papel marginal. Importamos materias primas de esos países, afirma el mencionado crítico, pero la demanda de sus productos intelectuales es muy escasa: el destino de 300 millones de habi-



tantes nos interesa muy poco". Comenta Leonardo estas frases y nos dice: "Al aceptar la validez de este planteamiento, nosotros, los que procedemos de esa privilegiada región del mundo, estamos en la imperiosa como inaplazable tarea de subvertir tan negativo estado de cosas y dar a la proyección de nuestra imagen en el exterior el carácter de un verdadero 'imperativo categórico'".

Justa e imparcial es su "fugaz visión del Ecuador de ayer y de hoy". Por un lado, exalta los beneficios de esta tierra, para luego señalar serena y francamente las trabas que suelen entorpecer nuestro futuro. "En el largo período que va desde entonces hasta hoy, el Ecuador ha tenido una gran cuota de sufrimiento: por una parte, ha hecho frente y ha pasado por períodos de convulsiones y luchas internas, propias de todo conglomerado humano en proceso de

formación, y por otra, ha recibido y sufrido el lacerante, desleal e injusto zar-pazo venido desde fuera. El mero hecho de habernos independizado y de habernos erigido en un ente internacional con personalidad propia, no contribuyó a que desaparecieran los agudos problemas que, en una u otra forma, agobian a todo pueblo".

En cada oportunidad que se le presentó, el autor y colega habló de este modo, consciente de que la mejor manera de expresarse es la de hacerlo con verdad. Son numerosas las intervenciones que, para presentar la realidad del país, hizo o buscó hacer, durante sus misiones en innumerables lugares: Hamburgo, El Cairo, Addis Abeba, Buenos Aires o Bonn. Cuando transcribe estas charlas, Leonardo nos advierte que, por tratarse del mismo tema, el Ecuador, el lector encontrará repeticiones necesarias. No importan, sin embargo, estas reiteradas opiniones que dan a entender únicamente la necesidad de presentar al país, de analizarlo para que los públicos extranjeros tengan una clara y objetiva muestra de nuestras realidades. Y cuando de repetir se trata, con tan buenas intenciones, no nos pesa la lectura, pues sabemos que el autor lleva consigo su bagaje de datos, necesario al conocimiento por los otros, de lo fundamental de la tierra nuestra, tan ignorada en el exterior. Lo escrito por Leonardo es lección para quienes inician sus misiones, y que deben, desde un comienzo, cargar consigo el archivo indispensable para responder curiosidades, satisfacer preguntas y explicar situaciones que conciernen cualquier aspecto de la patria que van a representar.

He dejado, en segundo lugar, lo que debería haber expuesto en primer tér-

mino: los artículos medulares que se incluyen en la obra de Arizaga Vega y que son auténticos y serios ensayos sobre diversos tópicos de la cultura nacional. Me refiero, en especial, a aquel sobre el simbolismo y el modernismo en el Ecuador, al excelente análisis y evocación de Juan Montalvo y de Juan León Mera, y a los que tienen que ver con el arte y la literatura ecuatorianos. Aquí en estos casos, Leonardo va más allá de la intención informativa para entrar en los temas en forma casi exhaustiva. Qué mejor manera de definir a la generación decapitada que de considerar a sus componentes como "cuatro seres hermanados por la angustia, por la desesperación y por el tedio, pero que, marcados como estuvieron por el sino de los predestinados, fabricaron con su verso sonoro catedrales de cristal y estatuas de plata". La influencia de la poesía europea decadente del simbolismo es el resultado de un estado de ánimo proclive a la frustración y al desencanto, cuyos precursores se confundieron en la droga y el suicidio, y cuyos arquetipos fueron el Werther, de Goethe, los versos estremecedores de Novalis y de Maurice de Guérin, que llegaron a América en mal momento, cuando parecían cerradas las puertas a la esperanza y al optimismo. Verlaine, Baudelaire, Laforgue, Lautréamont, inspiraron a los nuestros con su desasosiego, su "actitud taciturna" y su "desprecio al mundo" ("vivir del pasado por desprecio al presente", decía un verso de Noboa). "Arrojaron por la borda la alegría", afirma Leonardo, "sobreviniéndoles el 'tedium vitae' de cuyos constrictores efectos no pudieron zafarse. Comenzaron, entonces, a vivir en sentido vertical, en plano inclinado, de cara al constante peligro. No parece exagerado afirmar que para ellos tenía diaria vigencia el temerario aforis-

mo de Nietzsche, de que vivir peligrosamente equivale a cosechar el más grande gozo de la existencia".

En el Ecuador de comienzos de siglo, todavía predominaba la falta de horizontes, la ausencia de contactos con el mundo. No había llegado a Quito el ferrocarril y era más fácil ir de Guayaquil a Europa que a la Capital.

El Siglo XIX se prolongó por unos quince años del XX, el liberalismo se extendió tardíamente, las comunicaciones continuaron limitadas y las zonas de la patria se mantenían totalmente aisladas entre ellas y del mundo. Ese fue el ámbito de los poetas malditos, unos encerrados en el cerco de montañas que limita el espacio quiteño, y el otro, solo en su mundo de Guayaquil, como siempre oprimido por preocupaciones mercantiles y fenicias. Define Arizaga Vega a Borja como "dueño de un subjetivismo que lleva la impronta de Poe"; cree, con Silva, que "Fierro es un místico de su arte, exiliado y hermético" y sostiene que en él "se reeditaron las virtudes del Cartujo"; de Noboa, opina que "no quiso sustraerse al decadentismo que flotaba en el ambiente" y en fin, de Silva afirma que "el paisaje de su alma se había convertido en campo raso, desértico". Con pocas palabras Leonardo ha identificado a cada uno de los poetas, y no parece necesario añadir nada más, pues están perfectamente caracterizados, individualmente, y confirmados generacionalmente.

Cuando se ocupa de la novela y del relato nuevo, de clara tendencia social y revolucionaria, nos confiesa: "Había pues llegado el momento histórico y crucial de llamar a las cosas por su nombre y de poner el dedo en la llaga". Y al tratar de la obra que se convirtió en el arquetipo de la literatura ecuatoriana,

"Huasipungo", señala que "conmovió primero al Ecuador y después, a todos los países a los que ha llegado con su mensaje, despertando, en unos, indignación, en otros, admiración y en los más una increíble sensación de desaliento y frustración frente a un problema que, aunque no sentido y experimentado en propia carne, representa, no obstante, un hecho de innegable trascendencia porque en él está involucrado el ser humano, digno, por ello, de todo respeto y consideración".

Creo que el trabajo más importante de los que componen "Las Voces de la Patria" es el que analiza la obra de esos grandes y excelsos valores de la literatura americana, más aún, de la lengua castellana toda: Juan Montalvo y Juan León Mera.

Nacidos el mismo año y en la misma ciudad, Ambato, sus vidas escogieron caminos violentamente opuestos, mantuvieron una interminable lucha que correspondía a la que predominaba en la patria toda: liberales y conservadores, anticlericales y "curuchupas". Todo se pasaba apasionadamente y no había espacio de tolerancias ni de olvidos.

Juzgar, pues, a Mera y a Montalvo, requiere una extremada dosis de serenidad y de imparcialidad. Eso se propone Leonardo y logra, con felicidad, su objetivo. Anticipa, así su procedimiento: "Estimo, en consecuencia, dice, que tanto el denuesto como el ditirambo están fuera de lugar cuando el orador o el escritor se aperciben, para emitir sus juicios, de los elementos que les proporcionan la equidad, la objetividad y, sobre todo, la sindéresis".

Se atreve Leonardo a trazar "el anverso y el reverso de esas dos estampas humanas, cuyo exergo bien podría rezar así: "vivieron y actuaron según su pe-

cular circunstancia". De ambos escritores, amantes apasionados de su tierra natal, se puede decir lo que de Montalvo afirma Rodó: "la naturaleza andina le ha impreso su sello único como prosista americano". Montalvo, en su lenguaje de cuchillo, cuando polemista, o en sus profundos ensayos filosóficos. Mera en su prosa descriptiva, en sus cuentos o en su tradicional novela romántica, 'Cumanná'. Montalvo, en sus ratos de encendida y mercurial pasión, como define Leonardo a quien, según Gonzalo Zaldumbide es "uno de los más nobles troqueles de raza, en que la civilización ha vertido los más insignes metales".

Curiosamente los dos ambateños ilustres se contagiaron de la cultura francesa: Montalvo se aproximó y conoció a Lamartine. Mera se inspiró, sin duda, en Chateaubriand, aunque el primero se estableció, hasta su muerte en Francia, y el segundo nunca abandonó su patria chica. Ambos, distantes entre sí, se dejaron seducir, diferentemente, por el romanticismo imperante en su época.

De vuelta a la patria, la pluma de Don Juan se torna en foete. Prepara la arena para el combate, dice Arízaga Vega y entra en liza para dirimir con el genial estadista que habría de convertirse en su mortal enemigo". Por supuesto, García Moreno es el "mortal enemigo". Bien vale su combate cuando el enemigo es grande. Leonardo abunda en citas pertinentes de ese descomunal reto entre titanes. Valga tan sólo éstas dirigidas al tirano: "tendrá en mí un enemigo y no vulgar, no, Señor". Lo llevan a esa radical posición 'la defensa de la libertad'..." y, por otro lado, el odio a la tiranía en donde quiera y en la forma que ésta se presente.

Excelente, en todo sentido, el análisis

de tan ardua polémica que hace Leonardo Arízaga Vega, al enaltecer y fustigar a los polemistas en su ira y su grandeza, que no acabaría sino con el magnicidio del gobernante y la rencorosa satisfacción del escritor: "Mi pluma lo mató".

Analiza, luego, el autor, la obra, esplendorosa de lenguaje y contenido, siempre impulsada por "un ritmo de vitalidad ascendente; la decisión combativa que le llevaría a los destierros sucesivos; el acceso a la gloria cuando Montalvo "había salido ya de la multitud y su figura como prosista empezaba a concitar la admiración de propios y extraños".

En pocos escritores como en Montalvo, continúa Leonardo, la obra se compenetra e identifica de tan excepcional manera con el autor: "la palabra va unida a la acción como la sombra al cuerpo".

En Mera, en cambio, no hay "sobresaltos espectaculares" "... Mera fue salvando espacios, quemando etapas, siguiendo poco a poco la ruta que el destino le había trazado" "fue hortelano de su propio y cercano huerto", añade el autor.

Autodidacta, añade, por haber carecido de fondos para una educación sistemática: "la pobreza templó el carácter de Mera". "Forjado en ese yunque, se esforzará por combatir, con la indeficiente luz de la esperanza, la dura realidad de su vida". "Entró pues de lleno en el diálogo silencioso de los libros, que le irían abriendo una claraboya hacia mundos para él desconocidos".

En pocas frases, Leonardo ha definido y ubicado a Mera, y esta austeridad de lenguaje le permitirá decir mucho en pocas palabras. Aquí como en sus otros ensayos, el autor sigue siendo sobrio,

aunque comprensivo; preciso, sin dejar su euforia por los personajes que estudia. Este "discípulo de su propia familia y de sí mismo, que se nutrió de sus propias esencias, que atesoró, por individual esfuerzo, conocimientos aún difíciles de alcanzar, se convirtió en un polígrafo de vastísimo alcance". Y así Arízaga Vega enaltece "al pintor, poeta, novelista, folklorista, escritor, político, polemista, crítico literario, costumbrista y académico, que nunca fue a la escuela".

El Ecuador aprecia su "ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana; México admira su biografía de Sor Juana Inés de la Cruz; y en fin, todo el mundo castellano ama la prosa admirable de su novela Cumandá, aunque rechaze el discutible argumento ultra-romántico. Arízaga exalta "sus extraordinarios dotes de narrador, de recreador de paisajes y de ambientes, de pintor de la bravía naturaleza selvática". Don Juan Valera, cita el autor, hace el enco-

mio de esa "preciosa novela: es lo más bello, dice, que, como narración en prosa, se ha escrito en América española".

Nuestro colega y crítico analiza la polémica producida en torno a "Cumandá". Reconoce que "la temática de la novela se resiente de inverosimilitud" para luego deducir que "cada escritor, cada movimiento literario, cada generación tienen sus especiales características expresivas. Así se escribía en esa época. Hoy no se escribe mejor, se escribe de diferente manera".

Lo que ha dicho Leonardo de nuestros valores literarios es justo. Abunda en verdad. Mide los juicios. Escoge cuidadosamente las citas. Selecciona las circunstancias históricas. No cae en análisis tediosos. Invita a la lectura.

"Las Voces de la Patria" se escuchan con la nitidez y el agrado que su autor ha sabido darlas. Leonardo ha querido salir por la puerta grande y lo ha conseguido. Su libro lo testimonia.

